

# Evidencias olvidadas

## El entorno de la persona Lo real

### I. PERSONAS, ACONTECIMIENTOS Y COSAS

La persona fundamentada en lo fundamental cristiano desde lo humano, está en la mejor posición para ir consiguiendo su plenitud.

La persona, cuando emprende el rumbo hacia su interior, va dándose cuenta de que allí se encuentra el valor que más vale: no hay nada más grande que experimentar el amor de Dios desde la realidad de uno mismo, y esto es encontrarse con Cristo.

Entonces va descubriendo uno progresivamente que:

- cristo es la verdad que da sentido a la vida,
- el bien, que le da gozo
- la amistad, que le da aliento.

La persona unida a Cristo, por la Gracia, y acrecentándola con los medios precisos para irlo consiguiendo, al reflexionar, no puede menos de sentir agradecimiento, porque se halla situada en el lugar y en la disposición desde donde la vida se puede ver mejor; ver con ojos nuevos las cosas de siempre, es ir aprendiendo a verlas como las ve Dios.

Cuando Dios creó el mundo y vio que era bueno, sin duda lo miraría desde este ángulo, o mejor dicho desde este centro, que es el modo y la manera de que todo quede centrado, y puedan orbitarse en su mejor camino hacia su finalidad:

- las personas
- los acontecimientos
- las cosas

Cuando la verdad de uno es conectada con la verdad del «uno», que es Cristo, que es la misma verdad, se va alcanzando el impulso, el gusto, el gesto y el talante de lo verdadero.

Cuando el hombre se afinca en la verdad, desde su realidad, todo:

- se esclarece
- se ilumina
- se abriga.

Es necesario mantener un constante empeño en ir acrecentando el mundo interior que afirme nuestra identidad, pues el hombre siempre se da condicionado por la circunstancia.

Ortega habla del hombre y su circunstancia, pero el hombre, desde que ha aprendido tanto a manipular circunstancias, ha conseguido no pocas veces que pesen más las circunstancias que el propio hombre.

Los espacios de libertad hacia fuera son reducidos un poco más cada día, por lo que cuadra ahora más con la realidad, decir: la circunstancia y el hombre, que no el hombre y su circunstancia, pues el hombre se desvaloriza cada día, y se da valor excesivo y desproporcionado a su circunstancia, a la circunstancia de lo que tiene, de lo que puede, de lo que sabe...

Del sesgo de estas cosas, se puede sacar bien, ya que puede ser aprovechado para recorrer la poco explorada distancia que hay desde la piel del hombre al núcleo del hombre.

El hombre de convicción —de convicción anclada en la verdad— jamás es arrastrado por las circunstancias, y si éstas le retuercen suele recuperarse.

A veces hay quienes parece que establecen un pacto entre sus convicciones y sus circunstancias, o con las convicciones ajenas. Pero ello evidencia que las convicciones eran «de temporada». Sólo se pacta con las convicciones que no se tienen.

Sin embargo hace falta ser consciente de que el mundo interior no es un mundo para encerrarse.

El hombre tan sólo ejerce de hombre —de persona— cuando tiene conciencia de su libertad y cuando ésta es siempre empleada para ser aún más libre.

Las personas que saben vivir estas realidades por ir aprendiendo a interiorizarlas, conforme las van viviendo, van adquiriendo mayor conciencia de la perenne novedad de la fe, del gusto y el gozo que produce el eco de lo cierto.

Entonces se percibe, cada vez más claramente, que la persona es el reflejo, la expresión

y el brillo de la intención concreta de Dios sobre un ser humano.

Ser persona es un concepto siempre abierto a la facultad y a la posibilidad de serlo más y de serlo mejor. La potencia intencional de una persona puede trascender con mucho esta misma persona.

La persona nunca es matemática, ni mecánica, ni automática, sino misteriosa, numinosa, y a la vez hasta lejana y difusa, pero ahí radica precisamente el valor de su decisión de aproximarse para entender algo que sólo puede intuir el que le ama.

Desde una perspectiva de persona, los acontecimientos son realidades con nombre propio: el de quien los origina, los padece, los afronta o simplemente los conoce. Por ello el cristiano no tiene que enfrentar los acontecimientos, sino fermentarlos por la reacción que de hecho le produzcan.

Algo similar sucede con las cosas, que pueden verse desde la perspectiva de la persona, de quien las desea, las posee o las utiliza, mientras tendemos a verlas como algo desvinculado del sentido, o con sentido propio. Creemos así que para que el sentido se vaya haciendo realidad, es necesario y suficiente que haya personas.

## II. DINÁMICA DE LIBERTAD

La libertad es el derecho a ser veraz.

Existe la libertad del liberado y la libertad del libertado.

Liberarse supone una actitud activa para, no tan sólo tener a raya la angustia de la duda o el ansia que produce el temor y el miedo, sino también avanzar y adelantarse siempre, ganando terreno a la duda con la fe y al temor con el amor. Liberarse es desprenderse de lo que lastra, entorpece o distorsiona; valorando y ordenando los valores, de acuerdo y en orden con su valor.

El que tiene el convencimiento real de la verdad de Cristo y lo sitúa en el eje de su persona, y trata honradamente de situarlo también en el eje de su realidad, suele tener valorada y orbitada su escala de valores; él los tiene en orden y no se siente atrapado por ninguno, y si lo intentan sabe defenderse. Sólo el hombre liberado puede ser fermento de libertad en su mundo y en el mundo de los demás.

Hoy, quien no está convencido, ya está vencido, y el vencido, sobre todo si se da por vencido, raras veces suele alcanzar la libertad.

Para la mayoría, la libertad es el derecho a no obedecer.

La libertad no es principalmente un derecho, sino un riesgo que hay que correr continuamente. El hombre es libre y eso significa que en cada instante se ve situado en una doble posibilidad: hacer el bien que sabe que le liberará, o hacer el bien que quiere su egoísmo y que tarde o temprano le complicará las cosas y le restará posibilidades de mayor libertad.

La libertad de poder hacer alguna cosa, es lo que da a esa cosa su verdadero valor. Lo cristiano precisa más de voluntad de hacer, que de hacer sin voluntad.

Algo maravilloso tiene lugar cuando el espíritu del Señor se encuentra con la libertad del hombre, y es desde el hecho de su libertad que hemos de calibrar y valorar la actitud humana y cristiana. Todo lo que condiciona la libertad, la canaliza, la impulsa o la obstruye, obnubila la convicción, que, al ser menos diáfana, quita filo y transparencia a la decisión de ser fieles al único sentido que puede dar sentido, consistencia y perennidad a todos los demás sentidos.

El hombre, liberado de sus fantasmas interiores y conocedor no obsesionado de sus miedos, necesita además un entorno que le convierta en libertado, que le reconozca y le

aporte posibilidades reales de desarrollar su vida en una opción personal.

Pocas cosas son más frecuentes que confundir estos términos y considerar que se libera al hombre porque se le libera de sus condicionamientos externos, o defender que, como lo importante es liberarse, el hombre no debería preocuparse de conseguir nuevas áreas externas de opción. Son ambos aspectos, y por su orden, los que permiten al hombre ser veraz, hacer vida su verdad: ser libre —liberado y libertado—.

### III. DINÁMICA DE PLENITUD

#### **LA VIDA ES BONITA, LA GENTE ES IMPORTANTE Y VALE LA PENA VIVIR**

Cuando una persona se encuentra con el Evangelio, cree en él y trata de realizarlo en su vida, va, —por la gracia de Dios— descubriendo, que ser fiel al mismo, no significa ni supone optar por la virtud, sino saber ir ejercitando la virtud de optar; a medida que va avanzando, va alcanzando también nuevas perspectivas, y desde ellas va dándose cuenta de que la vida tiene sentido, valor y sabor.

Tiene sentido, porque todo puede ser mejor o peor, y, al tratar honradamente de mejorarla, nos hacemos mejores, y tenemos un «qué», que nos impulsa y orienta.

Tiene valor absoluto, porque nada puede hallarse que tenga más valor que una persona, y si la persona es cristiana y humana, siempre atrae, magnetiza y fascina.

Tiene sabor, porque cuando la verdad y la realidad de Cristo están en el eje de la persona, centrándole su inteligencia y su corazón:

- la vida es bonita
- la gente es importante
- vale la pena vivir.

Cuando uno pierde el norte de la vida y ésta es sacudida por las personas, los acontecimientos y las cosas, la cosmovisión se empaña, y lo que experimenta uno es lo contrario:

- que la vida es un fastidio
- que la gente es incordiante
- que es una pena vivir.

Lo cristiano es siempre, en cada caso y situación, la culminación de lo posible y la pista para ir logrando lo imposible. Lo que obnubila el panorama de lo cristiano es que el hombre se crea que ser cristiano es tan solo hacer el bien.

# La amistad

# La comunicación

La incomunicación entre los hombres —a pesar de que hoy estamos más «comunicados» que nunca—, es posiblemente una de las cosas que más anulan las potencialidades de la persona de nuestro tiempo.

Los convencionalismos, los prejuicios y los miedos nos condicionan tanto, que a veces parece que nos obligan a tener que simular y representar «papeles» que distorsionan, anulan o adulteran los sectores más valiosos de nuestra personalidad, y con ellos las posibilidades de enriquecerlos y enriquecernos a la vez como personas.

Quizá ya sólo el dolor genera la actitud de acercamiento a los demás. En caso de accidente o de una muerte, afortunadamente sigue siendo normal el que acudan muchos, aunque no siempre todos en actitud de amistad. Se cumple entonces aquello de que los amigos, o los que dicen serlo, son como la sangre, que acude siempre cuando se produce alguna herida.

La verdadera amistad no puede ser tan sólo para compartir las penas, sino también para gozarse en sus alegrías, y de lo que es su causa: sus ilusiones, sus deseos, sus éxitos.

Así, de hecho, en nuestros días las formas habituales de relación entre los hombres se sitúan extramuros del Evangelio y el sentido común, configurando sistemas de comunicaciones o incomunicaciones, que identificamos como:

Relaciones de inhibición:

sin que a los demás les importe su circunstancia, quieren que les soporten.

Relaciones de dominio:

cuando falta el autodominio, el hombre tiende a afirmarse dominando a los demás.

Relaciones de manipulación:

utilizar al otro para lo que creemos que nos conviene, es desaprovechar la oportunidad de enriquecernos con sus verdaderos valores.

Relaciones de inmersión:

la falta de identidad personal nos impulsa a diluirnos en la inmediatez de sentimientos colectivos; preferimos ser voz de graderío que jugador eficaz en el equipo, y nos vaciamos en un esfuerzo agotador, que agota tanto el ingenio como el bolsillo.

Relaciones de sumisión:

a veces por pereza y a veces por cálculo del menor esfuerzo, se prefiere obedecer o imitar al «divo de turno», confirmándose una vez más aquello de «bienaventurados nuestros imitadores, porque de ellos serán nuestros defectos»

Relaciones de enfrentamiento:

existen quienes creen que sólo se afirman contradiciendo.

En cambio, en la perspectiva de quien cree en el hombre, siempre se sale ganando. Incluso en las meras relaciones de coexistencia, y hasta en el encuentro ocasional con el otro, se percibe y se experimenta una agradable, interesante y aprovechable oportunidad de encuentro, que o nos ilumina, o al menos nos obliga a interrogarnos.

También las relaciones de colaboración, para un fin concreto, se enriquecen cuando

las personas implicadas saben que este fin no es el fin; entonces lo que suele ser una relación fría y acartonada toma una vía más sencilla y más diáfana, más abierta, y aún más eficaz.

El compañerismo es una forma de relación que, por ser de algún modo ya una amistad «especializada», es la vía más normal de conexión real entre las personas. Encontrarse periódicamente en un mismo lugar e irse manifestando cada uno como en realidad es, es ya de por sí una invitación a la amistad, aunque desgraciadamente se interpongan, no pocas veces, enojosos intereses de competitividad, cuando prima más el «ser más» que el «ser mejor».

Todas estas formas de relación toman su verdadero sentido si son el prólogo, el medio y el cultivo de la amistad.

La relación de amistad es la forma genuinamente humana y genuinamente evangélica de comunicación entre los hombres. Es la misma forma que tiene Dios de relacionarse con el hombre, y la mejor que puede tener el hombre de relacionarse tanto con Dios como con las demás personas: comunicarse con el otro que es persona; no por sus cualidades concretas o su posición social, sino porque es él, porque es alguien.

Esto supone algo que, por desgracia, en bastantes ambientes es infrecuente: creer en el hombre.